

A. M. MERGAL

**ARTE CRISTIANO
DE LA
PREDICACION**

Handwritten signatures and notes in brown ink, including names like "Roberto" and "R. C. 151".

ARTE CRISTIANO DE LA PREDICACION

ARTE CRISTIANO
DE LA
PREDICACION



POR

Angel M. Mergal

Doctor en Filosofía



COMITE DE LITERATURA DE LA ASOCIACION
DE IGLESIAS EVANGELICAS
DE PUERTO RICO

Es propiedad del autor

(Copyright Dr. Angel
M. Meraal)



Derechos editoriales
reservados

Impreso en México

Printed in Mexico

Impreso por "Casa Unida de Publicaciones", S. R. L, Apartado 97 Bis,
para la Asociación de Iglesias Evangélicas de Puerto Rico

DEDICATORIA

al

Dr. Rafael Landrón y Landrón
maestro de predicadores y
compañero de milicia cristiana

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

	Pág.
Capítulo I	
INTRODUCCION.	9
Capítulo II	
ARTE Y PREDICACION.	43
Capítulo III	
LA UNIDAD ARTISTICA.	51
Capítulo IV	
FORMA Y MOVIMIENTO.	59
Capítulo V	
LA VERDAD EN LA ARCILLA.	81
Capítulo VI	
LA AMBICION DE JOB.	111
Capítulo VII	
EL SACRAMENTO DE LA PALABRA.	139
Capítulo VIII	
EL SACRAMENTO DE LA PALABRA (Continuación)...	163
Capítulo IX	
LA ARCILLA SONORA.	193

SEGUNDA PARTE

Capítulo X	
LA DICCION ESPAÑOLA.	231
Capítulo XI	
EL BOSQUEJO.	277
Bibliografía Selecta.	351

PRIMERA PARTE

LA TEORIA

Habet, ut obedienter audiatur quantumcumque granditate dictionis, magnum pondus vita docentis. . . . Granditer dicit qui non contemptibiliter vivit.

Mejor predica quien mejor vive.

SAN AGUSTÍN

CAPÍTULO I

INTRODUCCION

Las palabras que yo os he hablado, son espíritu y son vida.—Juan 6:63.

Y recibió las palabras de vida.— Hechos 7:38.

Este libro ha sido compuesto para aprendices de Oratoria, y muy especialmente para estudiantes de Homilética o sea Oratoria Cristiana. Su propósito es ayudar al alumno a adquirir el arte cristiano de la predicación y al maestro que ha de dirigirle en ese empeño. El profesor que desee usar esta obra debe tener un previo conocimiento de la lengua, gramática, filología y literatura española; sobre todo debe saber hablar y escribir esa lengua.

Mis alumnos de Homilética y yo comenzamos esta labor en el Seminario Evangélico de Puerto Rico, durante el año escolar 1943-1944. Lo que se dice en estas lecciones, y lo que se incluye en la segunda parte, deriva de las necesidades advertidas en esta aventura de colaboración, así como de los esfuerzos hechos para satisfacerlas. Tal vez falten algunas cosas y sobren otras, enmiéndelo el maestro avisado según su mejor saber.

En el transcurso de estos años hemos llegado a la conclusión de que el estudio de este arte comprende cuatro aspectos principales: la naturaleza de la predicación cristiana; las condiciones del predicador; estimular su vocación, si la tiene, o desengañarle, si no la tiene; y el oficio de la predicación. En la primera parte incluimos la consideración de los tres primeros aspectos; en la segunda parte, el cuarto.

Este libro debe ser un instrumento para ser usado por el maestro y los alumnos, y no un tirano de maestros y alumnos: que el lector use al libro y no el libro al lector.

Tal vez sea demasiada audacia esperar que la mera lectura de esta obra contribuya a despertar la vocación de quien esté llamado a la predicación del evangelio cristiano. La realidad de la vocación es una de las profundas convicciones del autor, quien pretende, con la humildad, pero también con la osadía que presta la fe, ofrecer este libro como instrumento de la voluntad divina. Espera que su lectura confirme e inspire a los llamados para ese menester de la predicación, y disipe la alucinación de una vocación falsa, desengañando a quienes, honradamente equivocados, se empeñen en cultivar un talento que no poseen, o responder donde no se les ha convocado.

La responsabilidad para testificar del poder transformador del evangelio es universal. Todos estamos obligados a ser pregoneros de este misterio. Nadie puede ofrecer un testimonio de conversión cristiana si no lo ha experimentado en su vida; pero todo aquel que lo haya experimentado está obligado a proclamarlo, para gloria de Dios y beneficio de su prójimo. Esto, sin embargo,

no debe confundirse con la predicación de la verdad cristiana. Establecer con sabiduría, caridad y vigor esta distinción, es el primer y permanente objetivo de todas estas lecciones. Partiendo de aquí podrá el maestro señalar la diferencia entre la oratoria cristiana y todo otro género de oratoria o literatura.

El maestro debe conocer el libro muy bien antes de usarlo. Cuando termine la primera lectura, vuelve a estudiar esta *Introducción*, clave para entender y usar mejor esta obra. En vez de dar la teoría primero y la práctica después, combine la primera y la segunda parte. Sugerimos los siguientes modos:

- 1.—Dedicar dos horas a la teoría y una a la práctica, hasta agotar la teoría, entonces dedicar el resto del tiempo a la práctica.
- 2.—Enseñar en cada clase veinte minutos de Dicción (Speech), hasta establecer bien los hábitos deseables.
- 3.—Enseñar un curso de Dicción, dos horas semanales, por un semestre, paralelo o simultáneo con el curso de Homilética.

Sea de un modo o de otro el maestro no debe perder de vista los tres temas fundamentales de este curso: el predicador, su predicación y el oficio. El predicador incluye la totalidad del hombre vocado para ese menester.

- 1.—Su mente, transformada por la revelación de la verdad cristiana.
- 2.—Su espíritu (Persona), enriquecido y dominado para entrar en una calidad de vida diferente.
- 3.—Su cuerpo, cultivado para servir a su espíritu y a su mente.

La verdad de la predicación es aquella a la cual se refiere el cuarto evangelio, (Juan 8:32). He aquí la necesidad de una cultura y una educación que el simple testigo no necesita. No es tarea común distinguir las categorías de la verdad desde el punto de vista de la verdad suprema. Y luego, cada mensaje del predicador tendrá más fuerza y sentido cuanto más clara y articulada esté su verdad particular con la verdad total infundida en su espíritu. Los cristianos tenemos, de Las Sagradas escrituras, la misma opinión que expresa Jesús en el cuarto evangelio: "Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí". (Cf. *Juan* 5: 39 y *Lucas* 24:27). Si Jesús "abrió el sentido" de los apóstoles "para que entendiesen las Escrituras", e hizo arder en ellos el corazón "comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, y en los salmos" (*Lucas* 24:33, 44, 48) hablándoles en el camino, antes de comisionarlos para que le predicasen hasta el fin, ¿por qué insistir nosotros en una predicación que tiene por divisa el sentido cerrado y el corazón obscuro y frío? Si para interpretar un código de leyes humanas, o unos textos de ciencia antropomorfa, necesitamos miles de años de estudio y acumulación erudita, ¿por qué ha de ser la idiotéz y la ignorancia blason indispensable para la predicación cristiana? Todavía camina a nuestro lado un Paracleto, un Compañero, un Espíritu de Verdad, que el no cristiano ignora, ni le ve, ni le conoce, pero que a nosotros nos guiará en la vida y en el estudio para alcanzar toda verdad, de modo que nuestra predicación sea como nuestra vida y como nuestra adoración: en espíritu y en verdad.

(*Juan* 15:16, 17, 26 y 16:7-15). No olvide ningún cristiano que el Espíritu Santo es también Espíritu sabio.

El oficio completo de la predicación incluye, no sólo verdad y persona, sino también técnica y forma, voz, palabra y lengua. Todos estos factores han de elaborarse cada vez que el predicador ejerza su ministerio para crear un conjunto vivo y poderoso: el arte de la predicación cristiana. Como la pintura, la música, la arquitectura, la escultura, la poesía, el drama, la narración y aún la danza fueron asimiladas por el espíritu del cristianismo, así también la oratoria, para la creación de un arte nuevo. No vacilamos en afirmar que las más altas expresiones artísticas de ese nuevo impulso han sido la Biblia y la Persona Cristiana; la suprema expresión, Jesús de Nazaret, el Verbo de Dios.

Quizá el más grande obstáculo y la razón más grave que han impedido la comprensión de la verdad cristiana a través de la historia ha sido ignorar la esencia artística de sus más esclarecidas expresiones: La Biblia y Jesús. Pido tolerancia a los lectores para quienes esta afirmación pueda resultar chocante, y pido atención al maestro y a los alumnos que deseen utilizar esta obra; porque es en este punto preciso donde señalo la tesis fundamental y el punto de partida para la misma.

Distingo dos grandes funciones en el lenguaje humano: la factual y la simbólica. La lengua de los primitivos y la del niño es más simbólica; la civilizada y adulta tiende a ser más factual. Los semanticistas modernos, a partir de Korzybski, han analizado y expuesto el mecanismo, vida y virtudes del lenguaje factual. Los antropólogos, sociólogos y psicólogos: Levy-Bruhl, Malinowski, Piaget, Cassirer, han divulgado los más ínti-

mos secretos del lenguaje simbólico. (Véase la *Bibliografía Clasificada* al final de esta obra).

En el sentido que dan Grace de Laguna, Susana y otros filólogos, filósofos y semanticistas al término *símbolo*, en contraste con *signo*, todo lenguaje resultaría simbólico. Para evitar esta confusión, llamaremos al uno *factual*, y al otro *mítico*, en deferencia al título de un ensayo de Cassirer, *Lengua y Mito*. La señorita Langer, en el prólogo de la misma obra, señala el contraste y la relación entre estos modos de expresión humana. Referimos maestro y alumnos a esta pequeña obra, indispensable para una comprensión profunda de estas dos funciones raíces del lenguaje: factual y mítica.

La lengua humana obedece a los dos modos principales como el espíritu concibe al mundo: *el lógico discursivo, el imaginativo creador*. Del primer modo deriva el lenguaje científico, filosófico, teológico y práctico; del segundo, deriva el lenguaje emocional, poético y religioso. "El concepto", dice la señorita Langer, "se fija y conserva sólo cuando toma cuerpo simbólico. . . . La razón no es dote del hombre primitivo, sino su conquista. Las simientes de la razón están depositadas en el lenguaje; la lógica mana de la lengua cuando esa suprema creación simbólica llega a su madurez". (Para una exposición más detallada de esta idea estúdiense la obra de Richard Albert Wilson, *The Miraculous Birth of Language*).

La tendencia mitologizante del espíritu humano, sin embargo, no desaparece ni se agota jamás. La misma Susana K. Langer ha estudiado este rasgo definitorio de la persona en su obra *Filosofía en una Nueva Clave*. "El mito jamás se aparta del círculo mágico de las ideas fi-

gurativas. Alcanza alturas religiosas y poéticas; pero el abismo entre sus concepciones y las de la ciencia no se estrecha en lo más mínimo. El lenguaje, nacido en ese mismo círculo mágico, tiene el poder de romper sus linderos; es el lenguaje el que nos conduce de la fase mitologizante de la mentalidad humana a la del pensamiento lógico y la percepción factual". Esto dice en el prefacio a *Lengua y Mito*; pero en su propia obra, *Filosofía en una Nueva Clave*, dice otra cosa: "Lo mismo que constituye *signos* para nuestros reflejos animales pasan a ser *símbolos* para el sistema conceptual. . . . Y esta función dual del dato como *signo* o *símbolo* es la clave del pensamiento realista: la visualización del hecho. (Factum). Los *signos* para la conducta pasan a ser *símbolos* para el pensamiento". (Página 217). "Hemos heredado la visión realista y su ideal intelectual, la ciencia. Hemos heredado la fe ingenua (naive) en la substancialidad y ultimacia de los hechos (*facta*), y estamos convencidos que la vida humana, para tener algún valor, no sólo ha de adaptarse casual y oportunamente a las exigencias de los hechos, sino que ha de apreciar a cabalidad "las cosas tal cuales son. Los hechos han venido a ser la medida de los valores". (Página 221). Pero por entre los hechos, (*facta*) se fugan los manantiales de una realidad inasible; los reconocemos momentáneamente cuando resplandecen en la superficie, en medio de nuestra adaptación tácita a los *signos*; y esas corrientes esplendorosas de la visión *simbólica*, de la imaginación y del pensamiento, de la memoria y del ensueño, de la hipótesis y de la filosofía, constituyen otro proceso de creatividad, de ideación, de abstracción y de me-

táfora que hace de la vida una aventura de compenetración. (Página 228).

Muy pocas de nuestras palabras son puramente utilitarias o técnicas. Este hecho por sí solo debería bastar para avisarnos que nuestras vidas transcurren por entre un tejido de experiencias de múltiple significación, siendo esta diversidad materia prima de nuestras interpretaciones conscientes. Es así como a cada nueva situación responde la persona de varias maneras. El esfuerzo para objetivar esa actividad interpretativa del espíritu humano produce, entre otras creaciones, la expresión lingüística de complejo valor semántico. Compárese, no más, el sentido de las siguientes formulaciones:

Guarda este libro.

Guárdame el secreto.

No me guardes rencor.

Guárdate del agua mansa.

Guarda los mandamientos.

Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón, porque de él mana la vida. (Proverbios 4:23).

Dame dinero y no me des consejos.

Dame la razón.

Date prisa. No me da la gana.

No me des la espalda.

Este árbol no da frutos; ni esta tierra trigo.

Dame tu mano amiga.

Dame la mano de tu hija.

Hijo mío, dame tu corazón. (Proverbios 23:26).

El proceso de polisemia, y su converso de sinonimia, íntimamente relacionado en su origen con el desarrollo de los conceptos de Ser y de Ego, no pueden comprenderse si no se sorprenden en su etapa de lenguaje mítico.

(Cf. Cassirer, *Lenguaje and Myth*, páginas 72-74). EL TEMOR de Dios, con el cual se relacionan los términos hebreos *biqdish¹*, *emat*, y tantos otros, no es una mera palabra descriptiva de una emoción primitiva, es un sér, cuyo nombre propio en hebreo es EMAT. (Cf. Otto, *Lo Santo*, Cap. IV, "El misterium tremendum"). Nunca será posible averiguar con certidumbre si *fobos*, el miedo, precede a sucede a FOBOS, el demonio del temor. "EL MIEDO se apodera del hombre", tanto en sentido factual como mítico. *El Espanto Nocturno* del hebreo (*Salmo 91:5*) es tan demonio como el FOBOS del griego, y cuando "infunde miedo", el temor es tan psicológico (en sentido factual) como substancial (en sentido mítico). (Véase esta distinción elaborada literariamente por Amado Nervo en su deliciosa narración "El Dominio del Canadá", en *Antología de Cuentos Hispanoamericanos*, editada por Wilkins, D. C. Heath, N. Y.)

La substancialidad mítica de la palabra puede apreciarse aún en el horror moral que nos producen las *malas palabras*, en la repugnancia por las *palabras inmORAles*, en el resentimiento contra las *palabras duras*.

Los palos y las piedras podrán romper mis huesos,
mas las palabras no me perjudican.

Ese proverbio, ni como poesía es bueno. Todavía la palabra puede ser "dulce al paladar" o puede "roer como gangrena". (*Salmo 119:163* y *2 Timoteo 2:17*).

Las palabras que salen de la boca de Dios (*Mateo 4:4*) llevan en sí tanto PODER como la simiente donde duerme la vida. La misteriosa ley de participación hace de *la palabra* algo tan substancial como la vida de quien la produce. La palabra también es simiente; ésta

de vida temporal, aquélla de vida eterna. Como para el hombre primitivo la vida es una; toda palabra es poderosa, palabra de vida o palabra de muerte.

Y como toda lógica conceptual se funda, desde mucho antes de las *Categorías* aristotélicas, en la lógica de la lengua, esta lengua mítica sigue influyendo en el sentido aún de los más avisados semanticistas; porque ellos también piensan con palabras, y toda cognición teórica parte del mundo prefigurado por el lenguaje. Para los demás seres ordinarios, la palabra y la cosa siguen siendo idénticas, razón por la cual dará tanto trabajo convencerles que la palabra es una mera contraseña sin valor. Todavía el *demos* humano se avergüenza más de la *mala palabra*, de la *palabra infamante*, que del hecho malo e infamante. Por esta razón, el primer paso en toda buena exégesis será preguntarse:

¿Qué valor tenía esta palabra para el autor?

¿Cuál fué el valor o valores hasta entonces?

¿Qué valor semántico ha tenido después?

¿Cuál es su valor hoy? ¿Qué valor tendrá para mi oyente en el contexto de mi mensaje?

No es el propósito de esta introducción teorizar sobre el lenguaje, sino enterar al maestro de las presuposiciones que sirven de cimiento a esta obra. Es Ernesto Cassirer, en su ya citado libro, quien más atinadas observaciones le ofrecerá sobre esta relación entre *Lengua* y *Mito*. Para él es evidente que ambos juegan papeles semejantes en la evolución del pensamiento, en el tránsito de la experiencia momentánea al concepto permanente, de las impresiones sensoriales a las formulaciones lógicas, y que sus respectivas funciones se condicionan mutuamente. Esa constante prestación es reveladora de

un principio mental, común fuente de ambos, y del cual lengua y mito son expresiones diversas, diferentes manifestaciones. Pero la lengua lleva en sí la simiente de otro poder, la lógica; es ella quien reduce la palabra a la condición de mero signo conceptual.

El profesor y psicólogo Wendell Johnson, en su obra *People in Quandaries*, expone el ideal de los semanticistas: la lengua factual. El lo llama "el lenguaje de la orientación científica". Su intención es satisfacer dos demandas: "¿Qué quiere usted decir?" "¿Cómo lo sabe usted?" El lenguaje científico responde a preguntas sobre datos precisos. (Páginas 83-86). Su norma es la ciencia; su punto de referencia, los hechos aislados, concretos, particulares; su finalidad, la satisfacción de una necesidad práctica.

El lenguaje factual ostenta como su *Magna Carta* la presuposición que no hay más realidad que el llamado hecho (*factum*), conocido y aislado por nuestros sentidos, o por su prolongación, los instrumentos, con el fin de mejorar las circunstancias de nuestra existencia. Aun la definición kantiana de realidad como, cualquier contenido de nuestra intuición empírica que obedeciendo a leyes generales toma el lugar que le corresponde en el contexto de la experiencia, es más amplia que esa realidad *factual*.

Los *hechos* de los semanticistas a lo Wendell Johnson se parecen más a ese realismo ingenuo (*naive*) que describe Cassirer, el que considera la realidad de los objetos como algo dado directa y unívocamente. Y si la realidad se concibe de ese modo es de rigurosa lógica concluir que todo lo que no corresponde a ese hecho, sólido y tangible es fraude, fantasma o ilusión. Olvidan estos

semanticistas que todos los procesos mentales son incapaces de captar la realidad total, que aún para representarse lo que de ella captan, y para retenerlo por derecho de conquista, necesitan valerse de vínculos simbólicos. Pero todo simbolismo es víctima de su propia mediación, ocultando aquello mismo que desea revelar, y a la postre, esa realidad sólida y objetiva se resuelve en un mundo interior, construcción de nuestro íntimo interés. (Cf. Cassirer, *Op. cit.*, págs. 6-8).

El lenguaje mítico deriva del modo como la mentalidad primitiva concibe la realidad. Lucien Levy-Bruhl, estableciendo un paralelo tácito entre lengua y concepción mítica, lo ha llamado el modo polisintético. (*Funciones Mentales en las Sociedades Inferiores*, página 40). Ese modo no es privativo de las sociedades inferiores, se da en el niño y se da también en los adultos que no han llegado a superar la etapa del saber ingenuo. Cassirer ha trazado ese primer ciclo de la mentalidad primitiva, desde el sentir de un *Mana* indiferenciado, pasando por la percepción del mundo como dioses con funciones especializadas, hasta alcanzar la percepción del predominio en la realidad de un dios único, pero designado por múltiples nombres. Este esquema

Síntesis indiferenciada — Análisis en — Síntesis generalizada
funciones

se repite a lo largo de la historia humana, en la mentalidad colectiva y en el desarrollo individual.

La lengua y el mito parten de una correlación original e insoluble, de la cual gradualmente van separándose como elementos independientes: son como dos ramas del mismo tronco. De una común actividad mental, de una concentración y exaltación de la simple ex-

perencia sensorial, surge el mismo impulso de formulación simbólica encarnado luego en lenguaje mítico o en mito verbal. Tanto en los vocablos como en los mitos primitivos se consuma el mismo proceso espiritual; ambos vienen a ser resoluciones de una tensión interna, la representación de impulsos y excitaciones subjetivas en formas y figuras objetivas. (Cf. Cassirer, *Op. cit.* págs. 66-74. 88-90).

Por este proceso de *síntesis supletoria* la mente primitiva combina el instante de percepción con la totalidad; pero en esta relación el hecho (*factum*) concreto no pierde su identidad y separación. De esta radical distinción se origina luego el pensamiento discursivo y el lenguaje factual. Aquí comienza ese orden de los conceptos por géneros y especies. Consumada, al cabo de los milenios, la atomización del mundo, sólo un milagroso esfuerzo de imaginación logra devolver al espíritu una nueva visión, no de síntesis supletoria, sino de síntesis generalizante, de comunión entre la Verdad y las verdades.

Ya nos advierte Schiller, en su *Educación Estética del Hombre*, cuán imposible es encontrarnos con el hombre en su estado de pura animalidad. La imaginación moderna, trabajando en retrospectiva, puede deslizarse hacia los orígenes de la mentalidad humana solamente por la vertiente de la metáfora o del mito, ayudado de las ciencias antropológicas. Así como Hegel se contempla a sí mismo y a su nación alemana como finalistas en la diferenciación interna del Espíritu Absoluto, los cristianos hemos dado en considerarnos los finalistas de la evolución religiosa. Desde la faz humana Dios se nos revela como Padre Creador, Hijo Libertador y Espíritu

Justificador. ¿Debemos recordar al lector que el sistema hegeliano es en su génesis, una mala imitación del dogma trinitario? En su primer momento (síntesis indiferenciada) Dios es poder creador e ira vengadora: vida y muerte. Es la época del patriarca Abraham, el héroe Moisés, el profeta Isaías. La vida y la muerte se destacan, como el misterio supremo, frente al hombre y las cosas de su mundo, todo ello en un vórtice de sensibilidad emocional, donde el espíritu va lentamente incubando las diferenciaciones del cosmos. (Análisis). En el segundo momento se destaca la Persona. Por vez primera, en la historia de occidente, aparecen lado a lado estos grandes enigmas, contemplados con claridad y distinción. Dios a un lado, el mundo y la vida al otro extremo, la Persona mediadora entre ambos. "Yo para esto he nacido", dice Jesús con humildad suma, "y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz". (*Juan* 18: 37). La verdad reside solamente en la Persona; es allí donde se distingue mentira, error, verdad y acierto; pecado y perdón; amor, sabiduría, justicia y libertad. Es allí donde se siembra y fructifica la semilla del Espíritu. (*Gálatas* 5:16-26).

En el hombre, como individuo vivo, se da su sensibilidad y la vida ante ella; sus necesidades y los objetos de su deseo. El mito y el lenguaje primitivo son consecuencia de esa primitiva condición del hombre: el mundo sentido en función de Poder y poderes, MANA para ser temida y adorada, MAGIA para poder vivir, lo santo y lo profano. En la Persona se da la conciencia en toda la complejidad de su estructura. El primer momento produce mito, poesía y ritual; el segundo, filosofía,

ley, dogma y ciencia. La lógica discursiva, el ideal de una verdad libertadora, son los gemelos de este segundo momento. La ciencia y la lógica discursiva separan y descuartizan, el ideal de la verdad libertadora re-crea. *La nueva criatura* es el más alto símbolo cristiano en este segundo momento: "Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale, nada, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura". (*Gálatas* 6:15) La vida plus la verdad, esa es la tarea del tercer momento, el advenimiento final del Reino de Dios. (Síntesis generalizadora).

A cada una de estas tres etapas corresponde un desarrollo lingüístico: mítico, factual o espiritual. El primero, potenciado por la emoción; el segundo por las urgencias vitales; y el tercero por la exigencia espiritual de comprender. La filosofía, la teología y el arte son expresiones de la exigencia espiritual, mas como es el arte lo que, en última instancia, da permanencia a la expresión intelectual, llamaremos a este último el lenguaje artístico. La finalidad de todo lenguaje artístico será la expresión y comunicación de esa visión unitaria de lo múltiple, a lo cual, por falta de mejor nombre, llamaremos verdad religiosa. Los griegos la llamaron *aléceia*, que significa *descorrer el velo*. "Cuando se convirtieren al Señor, el velo se quitará", dice el apóstol Pablo. (*II Corintios* 3:16).

Susanne K. Langer ha descrito la filosofía como la búsqueda continua del sentido total, el más amplio, claro, transferible y articulado. Esa búsqueda se realiza con todo el espíritu, a veces en forma consciente y rigurosa del pensamiento metafísico, a veces manipulando con libertad todas las ideas con intenciones de alcanzar las relaciones más precisas, y a veces—en los momentos

de suprema creatividad—en forma de expresión pasional, mítica, ritual, religiosa o artística. (Cf. *Philosophy in a New Key*, página 239).

Los rasgos sobresalientes del lenguaje artístico son: expresar la percepción con todo el espíritu, y no sólo con el intelecto discursivo; referirse a la totalidad, y no sólo a un hecho concreto, aislado y particular de la realidad; dirigirse a la totalidad del oyente, y no sólo a su intelecto especulativo, analítico o práctico.

Una comparación de la obra de Malinowski, *The Problem of Meaning in Primitive Languages*, con las de Cassirer y S. Langer ya mencionadas, nos lleva a explicarnos el móvil y la esencia de estos tres modos de lenguaje por el esquema siguiente: la relación del hombre pasivo con la naturaleza concebida como activa produce el lenguaje mítico; la relación del hombre activo con la naturaleza concebida como pasiva deriva hacia un lenguaje factual; y las relaciones anteriores interiorizadas, en esfuerzo de comprensión, expresión o comunicación al otro hombre conduce al lenguaje artístico. El lenguaje mítico es menos social, más subjetivo; el lenguaje factual es más social menos subjetivo; el lenguaje artístico nace en la subjetividad orientado hacia la objetividad social.

Hombre pasivo: naturaleza activa	lenguaje mítico
Hombre activo: naturaleza pasiva	lenguaje factual.
Hombre: Persona	lenguaje artístico.

La ciencia y la técnica son los correlatos del lenguaje factual entre nosotros; la magia, instrumento de dominio, lo es entre los primitivos. El rito y la devoción es el correlato del lenguaje mítico entre nosotros; el mito y el ritual lo es entre los primitivos. Tabú y ma-

gia, contradictorios entre sí, vienen a ser para Cassirer, las formas primitivas de la predicación. A medida que progresa el desarrollo cultural e intelectual, la relación del hombre con el mundo exterior cambia de una actitud pasiva (hacia el MANA), a una actitud activa, (de manipulación por medio de la magia). A este cambio corresponden nuevos dioses y también nuevo lenguaje. (*Op. cit.*, págs. 19 y 66).

La misma función que desempeña la imagen del dios, la misma tendencia a una existencia permanente, se observa en la palabra. El lenguaje, una vez realizado, preséntase ante el hombre, en virtud de la personalidad colectiva a la cual pertenece, como algo existente y significativo de por sí, como una realidad objetiva. Apenas ha volado la chispa espiritual que encendió, con emoción y tensión momentánea, la imagen de la palabra y del mito, desaparece la excitación subjetiva y se petrifica en el mundo exterior en forma de mito y de lenguaje. De aquí parte un proceso de objetivación y diferenciación progresiva, hasta alcanzar la síntesis generalizadora, cristalizada en los conceptos del Ser y de Ego. Antes de que el hombre pueda pensar con abstracciones lógicas, el ser y su función, el nombre y el verbo, los principales instrumentos del pensamiento discursivo, son para la mentalidad primitiva una sola cosa: una imagen mítica y una palabra correspondiente. (Of. Cassirer, *Op. cit.*, págs. 36-38).

El maestro hallará innumerables ejemplos de lenguaje mítico en la literatura. El poema *Erlkonig*, de Goethe, es uno; los hallará también en el *Fausto*. En la novelística americana, *Canaima*, de Rómulo Gallegos, y *La Vorágine*, de José Eustacio Rivera, ofrecen pasajes

admirables. Cf. Ruskin, *Queen of the Air*, págs. 51-54 *et al*).

La saña del viento. La ira del mar. El árbol le hería con sus ramas. Las estrellas le guiaban en la noche. Estas y tantas otras expresiones del hablar cotidiano, son vestigios de la actividad pasiva del hombre ante el mundo exterior, expresiones de su lenguaje mítico. (Cf. "Cántico de Débora", en *Jueces*, capítulo 5. El profesor encontrará muchas muestras de lenguaje mítico en los *Salmos* y otros cantos antiquísimos del texto sagrado, empezando por *Génesis* 3:17-20).

Interferir con hábitos, costumbres y lenguaje de valor mítico, sean estos conscientes o subconscientes, es un intolerable atentado contra el hombre y su colectividad, opina la señorita Langer. (*Op. cit.*, pág. 236). Porque la libertad de conciencia es el manantial de toda libertad. Destruir las expresiones míticas de un individuo o de un grupo es obstruir o enturbiar la fuente de su vida espiritual. ¡Cuánto nos recuerda este lenguaje el pasaje famoso de la Samaritana! "Cualquiera que bebiere de esta agua volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna". (*Juan* 4:13-14). La mujer hablaba una lengua mítica desvitalizada: el monte de Gerizim, tanto como el de Sión habían perdido, para ella, su valor simbólico. Ahora la mujer habla una lengua factual.

*Señor, dame esta agua, para que no tenga sed,
ni venga acá a sacarla.*

Y Jesús, descendiendo a ese nivel factual, la va elevan-

do gradualmente, con supremo arte lingüístico, a un nuevo nivel espiritual.

*Ve, llama a tu marido,
y ven acá. (Lenguaje factual).
Mujer, créeme, que la hora viene,
cuando ni en este monte, ni en
Jerusalem adoraréis al Padre.
Mas la hora viene, y ahora es,
cuando los verdaderos adoradores
adorarán al Padre en espíritu y en
verdad. . . . Dios es Espíritu; y los
que le adoran en espíritu y en
verdad es necesario que le
adoren. (Lenguaje espiritual).*

El mito recibe nueva vida del lenguaje, como el lenguaje del mito, pero en el tránsito al análisis factual, las metáforas y alegorías originales se petrifican en signos conceptuales. No es extraño que los semanticistas sean incapaces de descubrir el referente concreto en la realidad (*facta*) exterior. Tampoco el parlante lo descubre, está perdido en un laberinto de metáforas huecas, vacías de sentido. Postrarse en adoración ante esos ídolos vanos no es libertad de conciencia, sino indolencia espiritual, desconocimiento de algo mejor, volver a las cisternas rotas que no detienen aguas. (*Jeremías 2:13*). Permitirlo el maestro, y sobre todo el ministro del Evangelio, puede explicarse sólo por su ignorancia, pereza o cobardía moral.

La metáfora es como el aire para la vida del lenguaje, si no se renueva llega a ser deletérea. La *síntesis supletoria* de la mentalidad primitiva, por esa ley espiritual de participación descubierta por Levy-Bruhl, pro-

duce la metáfora, cuya esencia es el *pars pro toto*. (Cf. Cassirer, *Op. cit.*, págs. 92-95). De esta *metáfora radical* proceden tanto la lengua como el mito, tanto la *sinonimia* como la *polisemia*. Al perder la memoria de su origen y querer tomar carta de naturaleza entre los hechos (*facta*) objetivos lo que ha sido sólo símbolo de una percepción espiritual, muere la metáfora, queda el cadáver momificado en palabra. Servirse de este lenguaje, pseudo factual es comerciar con fantasmas. "Dejad los muertos que entierren a sus muertos", o pronunciad sobre ellos la fórmula del artista supremo: "Levántate y anda". El lenguaje de Anteo del espíritu, solamente al contacto con la realidad madre recobra su perdido vigor.

La sangre de Cristo es una de estas metáforas debidas al procedimiento de indicar el todo por la parte. Convertida en rito por el recuerdo de la última cena, la iglesia católica construye toda una filosofía para racionalizar en lenguaje factual lo que solamente rinde su sentido interpretado como expresión artística. Es la muerte de cruz, iluminada por el sol de la resurrección, lo que puede encender en nosotros la fe justificadora, revelándonos el amor y la potencia transformadora, la gracia de Dios. El Protestantismo, que tuvo en la Reforma una súbita visión de esa realidad, de esa verdad cósmica, la obscurece de nuevo tal vez por indirecta influencia del dogma católico, el cual rechaza como dogma de transubstanciación en la eucaristía; pero acepta como dogma de expiación en su teología.

La palabra no alcanza a expresar la experiencia en ciertos niveles de realidad. Esa realidad no factual, en el sentido de los semanticistas, sólo alcanza expresión in-

directa en el lenguaje mítico y en el artístico. (Cf. S. Kierkegaard sobre el concepto de comunicación indirecta, en *Concluding Unscientific Postscript*, Princeton, 1941, págs. 247, 319, 339, 500, *et al. Stages in Life's Way*, 1940, pág. 252 *et al.*). El lenguaje factual se mueve en la esfera intermedia, entre lo *indefinido* (MANA), y lo infinito, (Dios, la vida, la verdad). El lenguaje factual transforma lo indeterminado en determinación, y lo circunscribe, por la palabra, a la esfera de las determinaciones finitas. (Cf. F. Schiller, *La Educación Estética del Hombre*). Por esta razón no pueden faltar, en la esfera mítica y religiosa, regiones inefables, tanto en lo *infra* como en lo *supra* de la expresión verbal. Así como la metáfora es la manifestación verbal de lo inefable en el momento de síntesis inicial, ya sea por la impericia del espíritu o por defecto de los medios de expresión; también lo será en el momento de síntesis generalizadora, para el místico, tanto como para el filósofo o el artista que llegan a esa región de la *Docta Ignorancia*, de la suprema paradoja. (Véase, en la *Bibliografía*, los títulos sobre *misticismo*. Ejemplos de lo dicho, en esta misma obra, los hallará el maestro en el último capítulo, la selección "El Sol de Justicia", el soneto con que termino la selección "La Respuesta Múltiple de Jesús", y el poema "El Angel de la Vida", del capítulo tres).

El mayor enigma de *La Biblia* es la identificación de Jesús de Nazareth con El Mesías de la esperanza israelita. Esa es la suprema blasfemia, La Herejía, el escándalo que le llevó a la cruz. (*I Corintios* 1:18). En el propio corazón de ese enigma es el lenguaje simbólico la única forma de su expresión. La transfiguración prefigura a Moisés y a Elías, la profecía y el sacerdocio, re-

unidos y subordinados en Jesús, el Cristo, en quien se sintetizan los tres oficios teologales: sacerdote, profeta y rey. La escena en el camino de Emmaús, ya citada, ha venido a ser, con razón, el más profundo símbolo de la revelación cristiana. Ningún sabio terrenal podrá jamás negar ni afirmar, por la vía de su lógica discursiva, o por los rigurosos métodos de su ciencia, la autenticidad de la resurrección. Más allá del Sí o del No racional, está la verdad inefable: "¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? (*Lucas 24:26*). Es la revelación de la verdad absoluta, del punto de vista cristiano. "No fui con altivez de palabra, o de sabiduría, a anunciaros el testimonio de Cristo. Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado". (*I Corintios 2:1, 2*). "Y si Cristo no resucitó vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe". (*I Corintios 15:14*). Ningún lenguaje factual podrá explicar jamás ese misterio. Sólo el lenguaje artístico podrá sugerirlo al espíritu por la comunicación indirecta.

En la historia del pueblo israelita, la Cautividad representó uno de esos momentos negadores, cuando todo lenguaje naufraga en el cataclismo de un desastre nacional. Estudie el efecto de esta crisis en la expresión verbal de *Lamentaciones*. El *Apocalipsis* neotestamentario es ejemplo eminentísimo de expresión suprav verbal por efecto de análoga causa. Cien años de cautiverio, un siglo de actividad mental y espiritual se precipitan en una nueva síntesis, una nueva visión, todavía en el plano superior de lo inefable. El capítulo 36 de *Ezequiel*, seguido de la alegoría de los huesos secos y por un acto simbólico, el primer *fascio* de la historia, proporcionan metá-

foras de arraigo tan profundo que al cabo de cinco siglos siguen reverdeciendo en la esperanza mesiánica del *Nuevo Testamento*, y siendo el núcleo alrededor del cual cristalizará toda la *Biblia* hebreo-cristiana. Pedro, en su famoso discurso registrado en el capítulo dos de los *Hechos de los Apóstoles*, recoge ese grandioso símbolo, David, el gran rey, que reducido a lenguaje factual sirve para destacar el sentido profundo de Jesús.

Varones hermanos, se os puede libremente decir del patriarca David, que murió, y fué sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. (Referencia histórica y lenguaje factual). Empero siendo profeta, habló de la resurrección de Cristo. (Interpretación; análisis del hecho). A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, levantado por la diestra de Dios, y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. (Interpretación artística de una experiencia mística). Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús que vosotros crucificasteis Dios ha hecho Señor y Cristo. (Nueva síntesis y nuevo lenguaje).

Este mismo procedimiento puede verse en el discurso de Esteban. Se mantiene en el nivel factual de la historia conocida hasta llegar al simbólico rey David, allí cambia su lenguaje factual por lenguaje profético, terminando con una experiencia inefable de naturaleza mística. (*Hechos* 7:48-56).

Es muy de notar que tanto Pedro como Esteban parten de la perspectiva histórica para poder interpretar

la nueva experiencia existencial. La verdadera experiencia no consiste en el tránsito del tiempo, sino en el sentido de lo que nos ocurre. Para que haya sentido discursivo es necesario que haya ideas, determinaciones finitas, análisis funcional de la experiencia vital. La distancia psíquica que produce la distinción, primero entre YO y Mundo (*sér*), luego entre Yo momentáneo, Persona permanente, y contenidos aislados de la conciencia, requiere rigurosamente la sensación determinada de tiempo. En esta relación no me cabe duda que la realidad mental de tiempo precede a la de espacio. Porque el hecho (*factum*) singular puede re-conocerse, comprenderse y asimilarse a un concepto, sólo cuando se subordina a una idea general. El pensamiento discursivo re-corre todo el espacio de las ocurrencias y entonces fija el sentido que le corresponda a la nueva ocurrencia, al nuevo *factum*. El futuro viene a ser entonces la imagen invertida del pasado, y cuando nos ocurre algo fuera de esa expectación histórica se produce la confusión, la crisis, la nueva indeterminación que caracteriza una nueva era en la historia. Para esa nueva era, a medida que avanza hacia nuevas diferenciaciones, necesitamos nuevo lenguaje. El pentecostés fué como el descubrimiento de un nuevo continente, la edad apostólica y subapostólica, como una era de conquista, exploración y colonización. Creo que todavía no hemos tomado posesión total del nuevo Reino y el hombre toma posesión de la realidad por medio del lenguaje.

Lo que ordinariamente llamamos arte es también un lenguaje, que puede ser mítico, factual o espiritual. Marion Junkin, profesor de arte en las universidades Vanderbilt y Washington-Lee, ha publicado un excelen-

te ensayo en la revista *Motive*, de octubre, 1949, donde muestra la diferencia entre el arte factual de Hoffman o Sallman, de un lado, y el espiritual de Roualt, Blake o Grunewald. "Estas representaciones de Cristo", dice refiriéndose a los primeros, "son indicadoras del grado de sentimentalización y debilidad a que hemos reducido nuestra fe". "En esta obra de Rouault", por el contrario, "el artista busca expresar el sufrimiento de Cristo, y su tortura espiritual es la propia esencia de sus líneas y colores, no algo superpuesto". Porque la finalidad del arte no es la belleza, sino la satisfacción por medio de la experiencia que el arte nos revela. Es posible, sin embargo, contemplar el gran arte sin ver nada, así como se puede leer u oír sin entender nada. "La religión cristiana", dice a propósito de Grunewald, "es religión de misterio, de fe, espiritual". No se trata de un simple y frío código de ética, aunque nos esforcemos por convertirlo en eso. La famosa *Madona de la Silla*, arte factual, a pesar de su título religioso, es un ejemplo de lindura sin profundidad ni verdad religiosa: un rostro infantil inexpresivo y una cara bonita de mujer; probablemente la modelo fué una cortesana, tal vez la querida del mismo Rafael Sanzio.

William Blake puede entender el lenguaje místico de *Job* 38:7: "¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra.....? ¿Cuando las estrellas todas del alba alababan y se regocijaban todos los hijos de Dios?" Trasladar en lenguaje visual la percepción mítica, requiere el talento de un artista espiritual, que pueda fijar su vista interior en lo que no se ve. (*II Corintios* 4:18). Blake veía los ángeles, como Diógenes veía el sol; y cuando un Alejandro factual se paraba entre Blake y sus án-

geles, el pintor le suplicaba echarse a un lado. "Chagal, Blake y El Greco pueden hacer sentir ese misterio porque ellos también han visto ángeles y han creído en ellos. Nosotros pensamos usualmente en la ofrenda, los comités, los programas, las conferencias, los diáconos y las vestiduras. Por esto, muy pocos de nosotros podemos comprender los *Salmos* o *El Cantar de Cantares* como expresiones poéticas del corazón hebreo. Para esta humanidad realista, entregada al vértigo del automóvil, el espíritu no es real". Comparado con la *Crucifixión* de Grunewald, el *Cristo* de Sallman, tocando a la puerta de un corazón luminoso, es tan factual como un anuncio de jabón.

El ensayo de Leo Spitzer, *La Interpretación Lingüística de las Obras Literarias*, será para el alumno, y aun para el maestro, un guía tan excelente como la obra de Ruckstull, *Grandes Obras de Arte*, en la pintura. La poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou nos ha dado una interpretación literaria de esa diferencia entre lo factual y lo artístico que apenas necesita explicación.

EL DULCE MILAGRO

¿Qué es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas, a mis dedos crecen.
Mi amante besóme las manos, y en ellas,
¡Oh, gracia! brotaron rosas como estrellas.

Y voy por la senda voceando el encanto,
Y de dicha alterno sonrisa con llanto,
Y bajo el milagro de mi encantamiento
Se aroman de rosas las alas del viento.

*Y murmura al verme la gente que pasa:
—¿No veis que está loca? Tornadla a su casa.
¡Dice que en las manos le han nacido rosas
Y las va agitando como mariposas!*

*¡Ab, pobre la gente que nunca comprende
Un milagro de estos y que sólo entiende
Que no nacen rosas más en los rosales
Y que no hay más trigo que el de los trigales!*

*Que requiere líneas y color y forma,
Y que sólo admite realidad por norma.
Que cuando uno dice: —Voy con la dulzura,
De inmediato buscan a la criatura.*

*Que me digan loca, que en celda me encierren,
Que con siete llaves la puerta me cierren,
Que junto a la puerta pongan un lebrél,
Carcelero rudo, carcelero fiel.*

*Cantaré lo mismo: —Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas, a mis dedos crecen
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia
De un inmenso ramo de rosas de Francia!*

Tomaremos un ejemplo más, esta vez del arte popular, donde el alumno vea el lenguaje factual, ordinario, elevado a calidad de lenguaje artístico de pura ley.

ROMANCE DEL PRISIONERO

*Que por mayo era, por mayo,
cuando hace la calor,*

*cuando los trigos se encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor;
sino yo, triste cuitado,
que vivo en esta prisión;
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un ballestero;
déle Dios mal galardón.*

En lenguaje factual este poema se reduce a tres oraciones: Es primavera. En esa celda oscura hay un prisionero. El ballestero mató una ave canora. ¿Qué desea el artista? Desea expresar en un lenguaje terso, medurado y significativo la desesperación de la soledad, la angustia del hombre, nacido para la libertad, y ahora privado casi absolutamente de ella. ¿Cómo excitar la imaginación del lector para hacerlo sentir, por simpatía, un dolor ajeno, y sin embargo, tan de toda la humanidad? ¿Cómo universalizar esa emoción sin sentimentalismo ni prolijidad verbal? La narración se limita a tres frases: Era por mayo. Yo vivo en esta prisión. Un ballestero mató el ave. Lo demás es descripción y un mandato, en forma de deseo: ¡Déle Dios mal galardón!

Pero no tiene el mismo valor expresivo decir: *Era el mes de mayo*, que decir: *¡Que por mayo era, por mayo!* Lo primero es lenguaje factual; lo segundo es el grito desesperado de la libertad prisionera de un ataúd.

¡Es primavera, y yo.....!

La descripción, apoyada en la preposición *cuando* recarga de emoción cada palabra como si fuese un alambre de alta tensión.

*¡Que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son!*

¡Nunca se ennoblecíó de tanto sentido una insignificante partícula! Cuando..... cuando. Aquella avecilla era el único eslabón entre su muerte y la vida. Un balladero sin nombre ahogó en sangre aquel canto mensajero.

¡Dele Dios mal galardón!

Y tras ese grito sin voz, el silencio.

El problema del predicador cristiano, como hemos visto por las citas de Junkin, es dual: entender el lenguaje artístico y saber manejarlo. El primero, es cuestión de exégesis. Nada de cuanta preparación teológica y general tenga el predicador saldrá sobrando para una exégesis adecuada. Lo segundo es cosa, en primer lugar, de vocación, luego de talento y en tercer lugar de oficio. La vocación y el talento los da Dios, el oficio lo da el maestro, y de eso únicamente es responsable; pero es suficiente responsabilidad.

En la búsqueda de la verdad por la lógica discursiva llegamos a las verdades; pero nunca a la verdad, porque aquella reside en las esferas de lo inefable, alfa y omega del esfuerzo humano. Pero Jesús nos ha enseñado que Dios es espíritu y también verdad, y que la adoración aceptable ha de ser en espíritu y en verdad. En

Jesucristo —camino, verdad y vida— se da, según Kierkegaard, la paradoja absoluta, *La Verdad* encarnada en existencia.

Lo infinito y lo eterno es la única certidumbre posible. Al darse en el sujeto, existe, y su primera expresión consiste en su carácter elusivo, en esta tremenda contradicción, que lo eterno deviene, que comienza a ser. (*Unscientific Postscript*, pág. 75).

La fe es una esfera de por sí, la cual, distinta paradójicamente de lo estético y lo metafísico, destaca la existencia; y distinta paradójicamente de lo ético, destaca la existencia de otra persona, no nuestra propia existencia. (*Ibid*, pág. 514).

Dios es sujeto y por tanto existe sólo para la subjetividad, en lo interior. (*Ibid*, pág. 178).

Todo culto acompañado de sacrificio vivo, por la piedad de Dios expresada en Cristo, es racional y a la vez espiritual. (*Romanos* 12:1). De esa verdad viva irradia una luz que ilumina todas las demás verdades, objetivas y existenciales; porque ella es la única verdad libertadora. “Si el Hijo os libertare, seréis libres en su verdad”. (*Juan* 8:36).

La expresión “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”, (*Hebreos* 13:8) alcanza su pleno sentido en contraste con la otra de *Romanos* 12:2: “No os conforméis a este siglo; mas reformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios agradable y perfecta”. La vida, interés supremo del hombre natural, es como una corriente misteriosa y eterna, siempre igual a sí mis-

ma; pero los individuos vivos, o se renuevan o mueren. La verdad, interés supremo del hombre espiritual, es como la vida del individuo, comienza débil e indefensa, pero va en aumento a medida que se renueva. El primer atisbo de la verdad no fué menos verdad que el último, pero esa misma verdad luego fué más verdad. Nunca, sin embargo, alcanza el hombre la verdad total. Es la paradoja, el Sí y el No, el Ser y el No ser, la vida y la muerte. Pero el Hijo de Dios, Jesucristo, por nosotros predicado, "no ha sido Sí y No; mas ha sido Sí en él". (*II Corintios* 1:19, 20). Jesucristo es la encarnación, en el tiempo, de la Vida y la Verdad. Su comienzo, en Jesús de Nazareth, es como el Camino, el de nuestras pisadas desde la cuna hasta el sepulcro; pero en Cristo es el Camino hacia la cruz. Nuestro camino termina en el sepulcro; el de Cristo llega hasta la mañana de la resurrección, hasta la derecha del trono de Dios.

Ser cristiano es ser esa Verdad y esa Vida más allá de ese Camino: lo eterno en lo temporal, la Paradoja. Esa Verdad sólo puede *ser*. Directamente no se puede comunicar con palabras. Encender la luz de esa verdad en la vida ajena ha de lograrse o por la comunión directa de sér a sér, o por la indirecta de la palabra espiritual.

Toda predicación cristiana será un aspecto, tal vez un diminuto sector, de aquella Verdad. Llega la palabra del texto sagrado ante la atención del predicador: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no volváis otra vez a ser presos en el yugo de servidumbre. Porque vosotros, hermanos, a libertad habéis sido llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión a la carne, sino servíos por amor los unos a los otros". (*Gálatas* 5:1 y 13). Recordemos el aná-

lisis de "El Romance del Prisionero". ¿Cuántas expresiones en lenguaje factual hay aquí?

- 1.—Antes estábais presos en servidumbre.
- 2.—Cristo os ha hecho libres, conservad esa libertad.
- 3.—Usadla para servir por amor.

¿Qué ha querido decir Pablo con la metáfora *yugo de servidumbre*? ¿Tiene ese *yugo* algo que ver con aquello otro de *usar la libertad como ocasión a la carne*? ¿Qué relación hay entre *libertad* y *carne*? ¿Cuáles son las circunstancias de la servidumbre humana? ¿Cómo nos liberta Cristo de ese *yugo*? ¿Qué es el amor? ¿Tiene algo que ver ese *amor* con el descrito *I Corintios 13*?

Después de contestadas a satisfacción estas preguntas, ¿cómo resolver el problema de comunicar esa verdad al oyente? En eso consiste el oficio del artista que ha sido llamado a ejercer el arte cristiano de la predicación. La predicación propiamente dicha es una función personal, secreta y privada. Es el análisis de un concepto, hecho por medio de la lengua, pero en lo interior del hombre. El concepto, a su vez, es la abstracción de innumerables experiencias, alcanzado por un complejo proceso de síntesis. La expresión de esa actividad espiritual, en lengua, gesto o símbolo gráfico, es tan personal como la predicación mental. Pero en su tercer momento, de comunicación, es el empeño de compartir con otros nuestra vivencia lo que nos lleva a manipular artísticamente la expresión.

Tres planos de Comunicación Lingüística

Predicación	Expresión	Comunicación
Relación de experiencia, lenguaje y persona individual	Representación externa del primer plano	Representación con propósito de compartir una vivencia

Al nivel de la comunicación la actividad artística contempla tres extremos relacionables: la vivencia personal en un mundo objetivo, el vehículo de expresión y la posibilidad de compartir la vivencia con otras personas. En este libro está su teoría y algo de su práctica. Tomad la palabra en el común arroyo y transformadla en el verbo de vida.

